Fauna Guardianes

AXO

Doce bajo la raíz



Una aventura ilustrada

10 años en adelante

El agua llegó rara



El agua llegó rara.

Xochi la sintió primero en las branquias: un polvo áspero. Después en el costado: un empuje ancho y lento, de algo grande que se movía lejos.

«Axo. ¿Sentiste eso?»

Axo estaba inmóvil en el fondo, boca entreabierta.

«Silencio. Soy el monstruo del agua. Nadie me ve.»

Una hoja podrida bajó girando y se le posó en la cara. El monstruo no se movió. Tampoco veía nada.

Entonces llegó Tenazas, caminando hacia atrás y arrastrando un tallo.

«Antes de que pregunten: no fui yo, ya estaba así, y lo traigo desde el tercer ahuejote.»

Axo sopló la hoja. En el tallo solo quedaban cápsulas vacías.

Doce curvas oscuras



Bajo la raíz grande, su propio tallo seguía entero. Xochi contó con el hocico, sin tocar.

Cuatro huevos en la rama alta. Ocho en la baja. Dentro de cada cápsula se doblaba una curva oscura, con dos puntos que ya eran ojos.

«Doce.»

«Doce», confirmó Axo. «Tres noches más. Quizá cuatro. El agua está fría y ellos no tienen prisa.»

Tenazas soltó su tallo vacío en el lodo.

«Ese estaba junto al canal ancho. Y hay otro más acá, el de las hojas partidas.»

Xochi conocía ese tallo. Quedaba a seis cuerpos de allí. Fue a mirar.

No quedaba ninguno.

Una casa demasiado pequeña

Tenazas no la acompañó. Había encontrado una casa.

Era redonda, dura, abollada, y brillaba donde no tenía lodo. Había caído de arriba, como casi todo lo raro.

«Techo firme. Sin vecinos. Vista al tallo. Una joya.»

Metió las pinzas. La cola quedó fuera. Salió, giró, metió la cola. Quedaron fuera las pinzas.

«Es cuestión de acomodarse.»

«No tiene puerta», observó Xochi.

«Tiene carácter.»

Ella dejó de escucharlo. Junto a la casa había un surco fino, recién hecho, derecho hacia el tallo vacío. Y en el surco, una hebra de la gelatina que envuelve los huevos.

La otra punta de la hebra colgaba de una pinza de Tenazas.



Aquí siempre



«Hay que mover el tallo», dijo Xochi.

«No.» Axo se acomodó bajo la raíz grande como quien ocupa un trono. «Esta raíz ya era vieja cuando yo era del tamaño de tu cola. Aquí nunca entró nada más grande que un charal. Aquí siempre fue seguro.»

Apoyó una pata para girar. La tierra de abajo se hundió un poco. Entre el lodo asomó un hilo duro, torcido, color de hoja seca. No era raíz. Sabía a óxido. El lodo volvió a cubrirlo antes de que nadie lo mirara.

«Vigilaré desde mi grieta. Desde ahí se ve todo.»

Se fue sin mirar atrás.

Debajo de la raíz, algo había cedido.

Un pedazo de sol

A Xochi le gustaba la luz. Cuando un rayo lograba bajar hasta el fondo, ella lo perseguía hasta que se apagaba. Axo decía que era como morder agua.

Esa tarde encontró un rayo que no se apagó.

Estaba prendido al tallo, debajo de la rama baja. Redondo, más chico que su ojo. Si lo movía, pasaba de dorado a verde y otra vez a dorado.

Era lo más bonito que había visto en el canal.

Pensó en llevárselo a Axo. Y en lo que él diría: no toques, no sigas, aléjate. Y ella quería saber de quién era algo así.

Lo guardó entre dos hojas de la orilla.

No dijo nada.



Dos lugares vacíos



Primera mañana.

Xochi contó antes de que terminara de entrar la luz. Cuatro arriba. Abajo: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Volvió a contar. Seis.

Diez.

En la rama baja había dos lugares desnudos. Ni cápsulas abiertas ni larvas. Nada había nacido. Algo se los había llevado.

Axo salió de su grieta con lodo en las branquias.

«No pasó nadie.»

«Pasó alguien.»

Él miró el tallo largo rato. Desde su grieta se veía todo, sí. Todo menos el lado de abajo.

La casa de Tenazas había cambiado de sitio: ahora descansaba a medio cuerpo del tallo.

Y sobre la rama desnuda, marcada en la gelatina, había una huella de pinza.

El dueño de las huellas



«Fuiste tú.»

Tenazas levantó las dos pinzas. Mala idea: en una todavía llevaba gelatina.

«Yo vine por mi casa. Se había rodado. Las casas sin puerta ruedan, es su único defecto. Luego fui a medir otra, junto al lirio, pero tenía inquilino, un caracol de muy mal genio, y luego...»

«¿Y luego?»

«Luego volví. Por aquí. Cerca. No tan cerca.»

Cada frase lo hundía más. Xochi miró a Axo, esperando la sentencia.

Axo miró la pinza. Miró el surco fino. Miró a Tenazas, que cabía seis veces en él.

«Esta noche vigilas conmigo. Pegado a mí.»

«¿Como sospechoso?»

«Como compañía.»

«Acepto. Pero el escondite debe tener lugar para la cola.»

Nadie se ha movido



Segunda noche. El escondite no tenía lugar para la cola. «Ni para las antenas. Axo, ¿tú respiras siempre así de fuerte? No es queja. Es que una casa de verdad tendría...»

Una burbuja de lodo le reventó en la cara. Calló.

Xochi vigilaba desde el otro lado. El agua estaba negra. No había nada que ver, así que dejó de mirar y atendió a su costado.

Llegó despacio. Un empuje grueso que le recorrió el cuerpo de la cola a la cabeza, como si el canal entero se hubiera corrido.

Axo también lo sintió. Buscó a su lado.

Tenazas seguía allí, quieto, pegado a él.

El tallo acababa de doblarse.

La marca ancha

Segunda mañana. Cuatro arriba. Tres abajo.

Siete.

Había un surco nuevo en el lodo, y no era fino. Xochi se acostó dentro: cabía entera, y sobraba.

Tenazas caminó hasta el surco viejo, el suyo. Era una rayita.

«Bien. Lo digo. La primera noche esos dos lugares ya estaban vacíos. Quedaba la gelatina. Es blanda. Mi casa cojea. Pensé que, como calza...»

«¿Te llevaste la gelatina para tu casa?»

«Suena peor de lo que fue.»

«¿Por qué no lo dijiste?»

«Porque suena peor de lo que fue.»

Xochi bajó la cabeza hasta la altura de sus antenas.

«Perdón.»

Axo seguía el surco ancho con el hocico. Terminaba debajo de la raíz grande.



II · SIETE

La prueba escondida



En el fondo del surco brillaba algo.

Redondo. Delgado. Dorado, y verde si se movía.

Xochi sintió que el agua se le enfriaba en las branquias. Nadó hasta la orilla, apartó las dos hojas y volvió con su pedazo de sol en la boca. Lo dejó junto al otro.

«Estaba en el tallo. El primer día.»

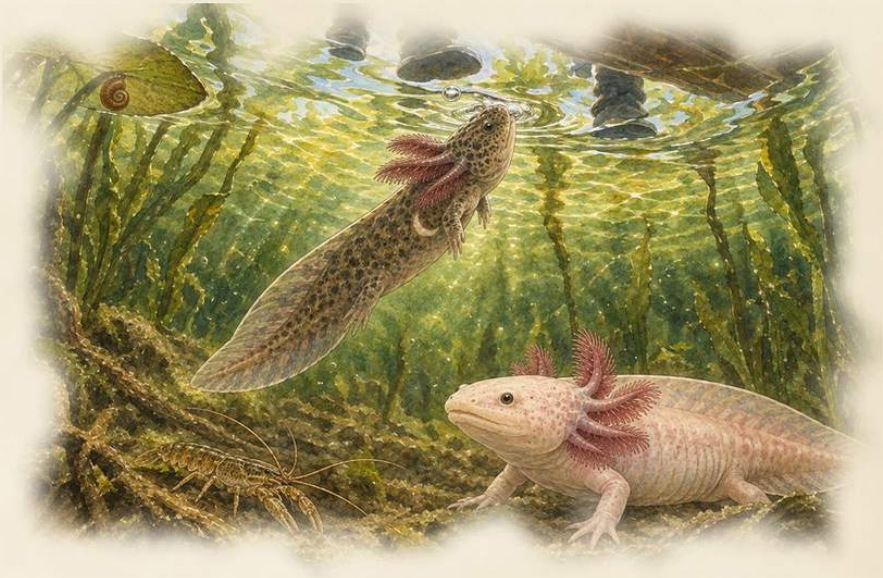
Axo no dijo nada.

«Era bonito. Quería saber de quién era antes de que tú dijeras que no.»

Axo tampoco dijo nada ahora. Juntó las escamas con el hocico hasta que los bordes se tocaron. La curva era larga. El cuerpo que las había perdido era mayor que los dos juntos.

Las dos escamas tenían el mismo brillo.

La boca del cielo



Xochi subió a tomar aire. Lo necesitaba, y también estar lejos de aquellas escamas.

Arriba, el agua se acababa en una piel clara que temblaba. Sacó la boca y tragó un frío seco que no sabía a nada.

Una sombra larga tapó la luz. Un casco plano pasó y se detuvo. Del borde colgaron dos botas mojadas. Más lejos, unas manos metían piedras en el agua y tensaban una malla entre estacas.

Xochi no supo para qué. Las manos no miraban hacia abajo. Nunca miraban.

Bajó pegada a las raíces.

A medio camino el agua cambió otra vez. El polvo áspero. Y desde el fondo, el empuje ancho, más cerca que nunca.

Una luna con mango

Encontró a Axo frente a una luna.

Una luna pequeña, hundida de lado en el lodo, con un mango largo. Caída de arriba, claro. Dentro de la luna había un monstruo de cabeza enorme.

«Míralo», dijo Axo. «El terror del fondo. La pesadilla de los charales.» «Pero esa nariz. No. Esa nariz es intolerable.»

«Es la tuya.»

«La mía es distinguida. Esa es un renacuajo gordo.»

A Xochi se le escapó una burbuja de risa, la primera en dos días.

Entonces vio otra luz en la luna. Dorada. La cruzaba despacio. Axo estaba quieto. La luna estaba quieta.

Xochi se volvió.

La luz nadaba contra la corriente.



Lo más bonito



La siguió de lejos, sin decidirlo.

Entre las plantas, el agua verde se abrió y apareció un costado. Escamas grandes, ordenadas como tejas, de un bronce que el sol encendía una por una. Una aleta ancha. Un ojo redondo y tranquilo.

Era un pez. El más grande que Xochi había visto. El más hermoso, también.

Tenía bigotes cortos junto a la boca, y con ellos tentaba el lodo. Hundía la cara, removía, soltaba una nube de polvo áspero y seguía adelante.

El agua llegó rara, pensó Xochi. Era esto.

El pez no los buscaba. Solo tenía hambre, y mucho cuerpo que llenar.

Giró sin prisa hacia la raíz grande.

La boca redonda



Junto a un lirio, el pez se detuvo. Su boca salió hacia adelante, redonda como un tubo, y un acocil pequeño dejó de estar.

Sin mordida. Un sorbo.

Tenazas se metió bajo una hoja sin comentar nada. Eso asustó a Xochi más que el sorbo.

«Las escamas. El surco. El polvo», le dijo a Axo. «Es él. Bajemos el tallo esta noche.»

Axo miraba al pez como quien ve crecer un árbol donde siempre hubo agua.

«No cabe bajo la raíz. Nada tan grande ha cabido nunca.»

«Axo…»

«Esta noche me pongo yo delante.»

Oscureció antes de que ella encontrara qué responder.

La boca entró por debajo de la raíz.

III · CUATRO

La raíz de antes



Tercera noche. Axo se plantó delante de la rama baja, hinchó las branquias y abrió la boca.

«Soy el monstruo del agua.»

El pez no lo oyó. Hozaba el fondo, y su hombro apartó al monstruo como la corriente aparta una hoja. El tallo se dobló.

Axo no pensó. Recordó. A un cuerpo de allí estaba su grieta de siempre: entrar, girar, salir justo bajo los huevos.

Entró.

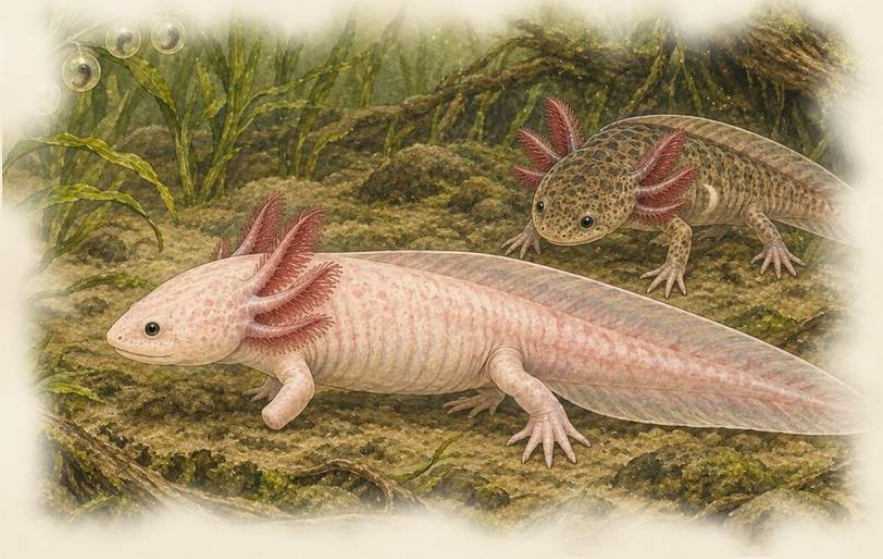
La grieta ya no era la de antes. La tierra había cedido y el hilo duro la cruzaba. La pata delantera izquierda pasó entre el hilo y la raíz.

El pez empujó otra vez.

El cuerpo pudo girar. La pata no.

III · CUATRO

El hueco bajo el cuerpo



Xochi no vio casi nada. Sintió el golpe del pez contra la raíz, un tirón seco en el agua, y después el sabor. Óxido. Y debajo, otro sabor que nunca había probado.

La nube de lodo tardó en bajar.

El pez se había ido. Axo estaba fuera de la grieta, respirando rápido.

La rama baja estaba desnuda.

Xochi contó arriba. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Se acercó a decírselo. Axo se apoyaba torcido, como si el suelo le quedara más lejos de un lado.

«Axo.»

«Estoy bien. El monstruo está...»

Quiso dar un paso y se fue de hocico contra el lodo.

Entonces Xochi miró debajo de él.

III · CUATRO

No era una piedra

Donde debía estar la mano izquierda, con sus cuatro dedos, no había nada. La pata terminaba antes.

Xochi no preguntó. Se metió bajo su costado y empujó hasta una piedra lisa. Axo medía dos veces ella. Pesaba como cuatro.

Él trató de levantar la cabeza, abrir la boca, hinchar las branquias. La postura del monstruo. Se ladeó y cayó otra vez contra el apoyo.

«La piedra se ha movido.»

«La piedra no.»

Axo bajó la mirada. Lo que lo sostenía era pardo, moteado, y tenía una media luna clara en el costado.

No dijo gracias. Dejó de empujar con la pata que ya no estaba.

Y se apoyó.



III · CUATRO

Antes no basta



Al amanecer, Axo habló primero.

«Me equivoqué. La grieta era segura. La raíz era segura. Lo eran. No volví a mirar.»

«Yo guardé la escama dos noches», dijo Xochi.

Axo tardó en contestar.

«Entonces somos dos monstruos.»

Probó el agua. «El polvo viene de allá. Nunca fui a ver qué hay allá. Siempre supe qué había.»

Fueron los tres. Axo iba lento, en tres patas, y no dejó que lo ayudaran.

Al final del canal chico había un borde viejo de piedras y estacas. Xochi lo recorrió con el costado. Piedra. Piedra. Estaca. Piedra.

Agua.

Un tramo se había caído. El boquete era ancho: ella cabía entera, y sobraba.

El hueco daba al canal grande.

III · CUATRO

La casa de nadie

Tenazas volvió del otro extremo caminando de frente: en él, señal de urgencia.

«Hay manos. Muchas. Meten piedras nuevas, amarran malla, clavan estacas. Un escándalo. Y mi casa, que yo había dejado bien calzada, ha rodado otra vez, y es una casa excelente, con techo, con brillo, con...»

«Tenazas. El agua.»

«A eso iba. Del lado de las manos pasa entre piedras y plantas y entra limpia. Y sale por aquí.» Señaló el boquete con las dos pinzas. «Todo lo que entra por allá se va por acá.»

«Y lo que entra por acá», dijo Axo, «se queda.»

Nadie contestó.

El agua limpia llegaba. El cuerpo dorado seguía dentro.



III · CUATRO

El cuarto se mueve



En la rama alta, una de las cuatro curvas se sacudió dentro de su cápsula. Se estiró. Se volvió a enroscar.

«Ya quieren salir», dijo Xochi.

«Hoy. Mañana», dijo Axo. «No antes de la noche.»

A medio cuerpo del tallo había una piedra oscura, porosa, fea, con un borde que sobresalía como un techo bajo. El pez no cabía ahí debajo. Un tallo doblado, sí.

Apoyó el pecho en la rama, lejos de las cápsulas, y empujó. El tallo cedió y los cuatro huevos quedaron bajo el borde.

Se apartó.

El tallo se enderezó solo, como si nada.

Probó tres veces. Cuando lo soltaba, los cuatro volvían a quedar expuestos.

III · CUATRO

Las manos de arriba

A media mañana las manos llegaron al boquete.

Desde abajo se veía poco: botas hundidas en el lodo, piedras que bajaban una por una contra las estacas, una malla que se tensaba. El hueco se fue cerrando.

Después las botas subieron a un casco plano, y el casco recorrió el canal chico. Una red bajaba, barría entre las plantas y subía. A veces subía con un pez dentro. Lo alzaban hacia la luz y ya no regresaba.

«¿Lo buscan a él?», preguntó Xochi.

«No sé qué buscan», dijo Axo. «Nunca sé.»

La red bajaba, barría, subía. Venía hacia ellos, tramo por tramo.

Su sombra todavía estaba lejos del tallo.



No llegaría a tiempo



El pez también sintió la red.

Dejó el centro del canal y se metió entre las plantas de la orilla. La orilla de la raíz grande. Avanzó con la cara en el lodo, y cada sorbo lo dejaba más cerca del tallo.

Axo arrancó hacia él. Tres patas, un muñón. A los cuatro pasos se fue de lado. Se levantó, midió lo que faltaba y se quedó quieto.

No llegaba.

Xochi vio las dos cosas a la vez. Arriba, la sombra de la red, a muchos cuerpos. Abajo, la boca redonda, a tres.

Hizo la cuenta que Axo acababa de hacer.

La boca iba a llegar primero.

La piedra fea



Un rayo de sol bajó justo entonces hasta el lomo del pez, y las escamas se encendieron una por una. Xochi lo vio.

Y le dio la espalda.

Nadó hacia la piedra fea. Apoyó el pecho en la rama alta, lejos de las cápsulas, y empujó con todo el cuerpo. El tallo cedió.

Esta vez no se apartó.

El tallo empujaba hacia arriba, terco. Ella hundió las patas en el lodo. Del otro lado, Axo llegó a rastras hasta la raíz, mordió la base del tallo y se dejó caer hacia atrás.

Por una vez, pesar como cuatro sirvió de algo.

Los cuatro quedaron debajo del borde de piedra.

IV · LO QUE QUEDA

La última boca



La boca llegó.

No mordió. Se abrió a un cuerpo de la piedra, y sorbió. Todo tiró hacia ella: lodo, hojas, tallo. A Xochi la rama se le iba de debajo del pecho. Las patas le resbalaron.

«¡Abajo! ¡A tu izquierda! ¡Una raja en la piedra, fea pero firme, yo mismo la consideré como casa y...!»

Xochi metió la pata en la raja. Aguantó.

El pez sorbió otra vez, más fuerte. El tallo tembló contra la piedra, y ella se aplastó encima hasta que le dolieron las costillas.

No pensó en la luz. Contó.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Debajo de su pecho, algo se movió.

Una de las cuatro cápsulas se abrió.

Algo más pequeño



Salió de cola. Oscura, delgadísima, más corta que un dedo de Xochi. Tenía branquias como tres pelusas a cada lado y ninguna pata todavía. Dio un coletazo, otro, y la corriente del sorbo empezó a llevársela.

Xochi dobló la cola alrededor de la piedra y cerró el paso. La larva chocó contra ella, rebotó y se quedó enredada entre dos hilos de planta, temblando.

«No te muevas», le dijo Xochi, que tampoco podía moverse.

Arriba, la sombra de la red había crecido. Todavía no llegaba. El pez seguía allí, tentando la piedra con los bigotes, buscando por dónde.

Xochi apretó el tallo.

Tres huevos y una larva, todos del lado oscuro de la piedra.

El oro se levantó

La red bajó sin aviso.

Pasó rozando las plantas, se hinchó, y el pez estuvo dentro antes de entender que algo lo tocaba. Se retorció en la malla, y cada escama le devolvió la luz al sol.

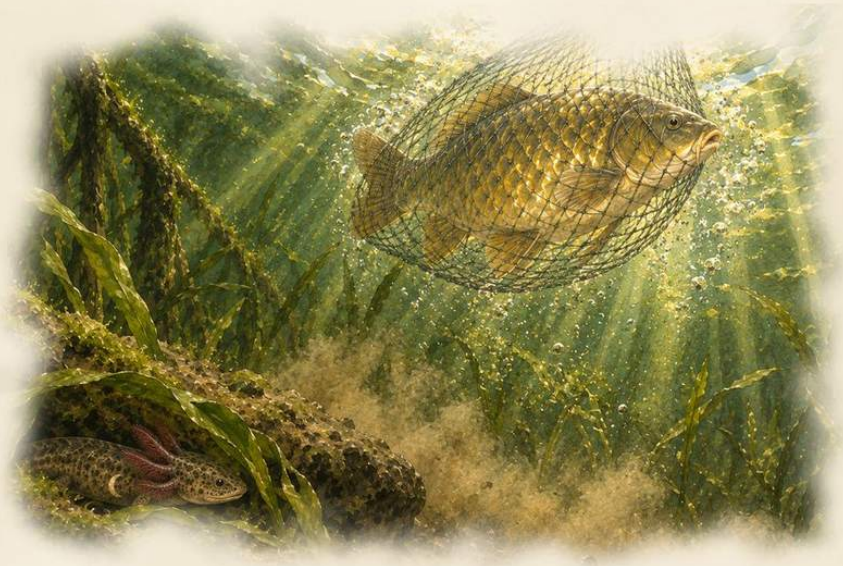
Seguía siendo lo más bonito del canal. Eso no había cambiado.

Xochi lo vio cruzar la piel del agua y desaparecer. No sintió alegría. Sintió que el costado, por primera vez en tres días, no le avisaba de nada.

No soltó el tallo.

El coletazo había levantado el fondo. Una nube de lodo se metió bajo el borde de la piedra. Xochi buscó los dos hilos de planta.

En el hueco no se veía nada.



Una cola entre hojas



El lodo bajó despacio. Primero aparecieron los tres huevos. Después, los hilos de planta, vacíos.

Después, detrás de una hoja, una cola delgadísima que se movía.

Xochi soltó el aire que no sabía que guardaba. Pero no soltó el tallo hasta que Axo, a rastras, encajó la punta bajo una raíz firme. La probó con el hocico. La probó otra vez. Entonces sí.

Tenazas ya inspeccionaba el hueco de la piedra.

«Techo bajo. Buena sombra. Sin corrientes. Esto sí es una…»

Se detuvo. Desde el fondo del hueco lo miraban dos puntos negros.

«Ocupada», murmuró. Retrocedió con mucha dignidad. «De todos modos entraba humedad.»

Se quedó fuera y fingió que esa había sido su elección.

Cuatro, por ahora



Los otros tres abrieron al día siguiente: uno por la mañana y dos con la última luz.

Xochi contó. Cuatro larvas entre las plantas, oscuras, torpes, cada una por su lado.

Cuatro. No doce.

Volvió a contar. Axo la dejó.

Esa tarde él no fue a su grieta. Fue, en tres patas, hasta el borde del canal chico. Lo recorrió entero con el costado: piedra nueva, malla, estaca, piedra nueva. Empujó cada una con el hocico.

Volvió y se echó bajo la raíz grande. Xochi esperó que dijera algo. No dijo nada.

Entonces, del otro lado del borde, llegó un empuje.

Axo levantó la cabeza. Esta vez fue a mirar.

Un brote pequeño



Dos semanas después, a Axo le había salido algo en la punta de la pata izquierda. Un bulto rosa, sin dedos.

«Es una mano», anunció.

«Es un huevo de caracol», dijo Xochi.

«Es una mano muy joven.»

La rama baja del tallo seguía desnuda. Eso no iba a brotar.

Tenazas pasó arrastrando algo hueco y largo, caído de arriba.

«¡Casa! Dos puertas. Un palacio.»

Entró por un lado. La cola le asomó por el otro.

Un rayo de sol bajó hasta el fondo y se quedó temblando. Xochi lo vio. Siguió mirando el borde.

El agua pasó suave entre las raíces. Ella la probó.

Hoy no sabía a nada raro.

Lo que guarda el fondo



Pista 1: el reloj del huevo. Dentro de cada cápsula crece una larva, y el agua fría la hace ir más despacio. En un laboratorio, a 16 °C, tardaron entre 13 y 16 días en salir. Por eso Axo solo pudo calcular «tres noches, quizá cuatro».

Pista 2: el pez bonito. Las carpas no son de Xochimilco: alguien las llevó. No son malas; tienen hambre. Remueven el fondo, enturbian el agua y se comen lo que encuentran, huevos incluidos. Por eso existen los refugios: canales chicos cerrados con piedras y plantas que limpian el agua y no dejan pasar peces grandes.

Pista 3: la mano muy joven. Un ajolote puede volver a formar una pata entera, con huesos y dedos. Pero tarda semanas, y todo empieza con un brote. Un huevo que se pierde, en cambio, no vuelve.

Lo inventado. Los ajolotes silvestres son oscuros, como Xochi; los rosas vienen de cautiverio, y Axo es rosa porque así es en el juego. Los de verdad no hablan, no cuentan y no cuidan sus huevos: los pegan a una planta y se van. Tampoco hay acociles buscando casa en una tapa.

Tu turno. Pon dos dedos de agua en una bandeja. Mete una mano y déjala quieta, sin mirar. Pide a alguien que mueva un dedo dentro del agua, cerca o lejos. ¿Sientes de dónde viene? Así le llegó el pez a Xochi. Después busca al caracol ámbar: se esconde en diez páginas.

Algo falta cada noche



Cada mañana hay menos huevos bajo la raíz que Axo recuerda como el lugar más seguro del canal. Xochi tiene una huella, un sospechoso que habla demasiado y una cosa brillante que prefirió no enseñar. Quedan tres noches.

FAUNA Guardianes
Adaptación ampliada del guion «AXO», Podcasts V2, pp. 70–76. Conserva a Axo, Xochi y Tenazas y el conflicto original. La investigación y la cuenta de los huevos desarrollan la tensión del relato.

Conoce las tarjetas del juego
Escanea y explora las cartas de FAUNA Guardianes en todos los idiomas.
betafaunaguardianes.pages.dev

Ciencia consultada
Huevos: García-González y cols. (2025). DOI: 10.3389/famrs.2025.1535817
Peces introducidos: Zambrano y cols. (2010). DOI: 10.1007/s10530-010-9697-8
Refugios en chinampas: restauracionecologica.org (UNAM)
Regeneración: Tank y cols. (1976). DOI: 10.1002/jmor.1051500106

Primera versión · Septiembre de 2026